

## Desgracias y malestares en la cultura occidental a finales del siglo xx

OSCAR ALTAMIRANO

*A mis padres con cariño*

El hombre de la sociedad contemporánea parece estar condenado al desasosiego. Su espíritu, sometido a una tensión constante entre el pasado y el porvenir, es producto de la desilusión y, principalmente, del desengaño. Como el sobreviviente que flota a la deriva después de la catástrofe, parece estar siempre a la espera. Conoce, o, por lo menos, intuye los infortunios que lo han arrastrado hasta allí, pero desconoce su destino. Por un lado, duda de la utilidad de sus talentos y capacidades porque, en gran medida, gracias a ellos está en donde está y, por el otro, su espíritu no puede producir un ímpetu nuevo que le permita conducirse favorablemente. Su postura se caracteriza por el escepticismo y el nihilismo.

En la literatura contemporánea, desconfía de las máximas y su absolutismo, de las metáforas prefabricadas, del bien decir que se sobrepone a la honestidad del pensamiento. Desprecia la sensiblería y duda mucho de la razón. Las tramas inspiradas en la tradición de la sorpresa le causan todo menos sorpresa, pues percibe que su construcción desconoce el drama, el aspecto humano —la sustancia de la sorpresa. Le inquieta el destino y la abundancia de las novelas y poemas que han sido escritos con un propósito sospechoso de megalomanía, y, de manera inevitable, compara la enorme producción de la "nueva literatura" con la inagotable riqueza literaria de los siglos pasados. Por otra parte, reconoce que la literatura tiene una misión que, a menudo, se esconde debajo de los suntuosos atavíos de la erudición. Esta, como todo lujo, pierde de vista que la austeridad del conocimiento nos obliga a tomar en cuenta las prioridades; nos obliga a conocer lo necesario, a dirigir nuestros esfuerzos por un camino ajeno al aplauso, pero, acaso, más cercano a la sabiduría. La ilustración, bastante vapuleada por los intelectuales de nuestro tiempo, pues se le atribuye el germen de los regímenes totalitarios, también acuñó los principios de la democracia que el cristianismo había engendrado bajo la idea de que todos somos iguales ante Dios. Y la democracia parece ser el último oasis de nuestro siglo. No obstante, habría que tomar en cuenta que el destello del Siglo de las Luces también encandiló a las generaciones posteriores con un refinamiento del lenguaje bastante afectado. La razón cerró los ojos ante el corazón de los hombres, y la vanidad encontró su gesto en los encajes de la manga de Voltaire o en el peinado de Newton.

Hijo del desengaño, cuando el hombre contemporáneo va al cine o ve la televisión, intuye que el drama, el verdadero drama, comienza con el desenlace. Y no encuentra, en casi ninguna de las propuestas, un aspecto enriquecedor que le ayude a soportar su condición de sobreviviente. Por tal motivo, no puede, como algunos de sus antepasados, enorgullecerse del medio que lo ha forjado. Para los primeros, los libros fueron su educación y entretenimiento, para el segundo, los libros sólo fueron una parte de su educación. En consecuencia es la imagen y no la palabra lo que tiende a predominar en su pensamiento. Por esto, dado que las imágenes expresan conceptos resueltos, pierde la capacidad de concebir nuevas formas. Desconoce las profundas raíces de un conflicto que habrá de traducirse en imagen. Esta deja de estar al servicio de su imaginación, y, por el contrario, lo convierte en su esclavo. La imagen, en sí misma, se vuelve el objeto y no el sujeto de la imaginación; un objeto más bien útil, propio para ensamblar conceptos que no son suyos, sino de la multitud. En este sentido, la tradición lo obliga a imitar y lo aleja de los caminos de la creación. De allí se desprende una parte del neosimbolismo que predomina en la cultura. Se trata de un simbolismo que no se construye, sino, más bien, se desconstruye; no se forma, no se deforma, no se transforma: desgasta la forma.

Por otra parte, las consecuencias producidas por el cine de Hollywood en la cultura occidental no dejan de tener un aspecto sumamente negativo. Al margen de la violencia, las películas de Hollywood que resultan menos nocivas para la sociedad se basan en argumentos que sólo se sustentan por el acierto de los realizadores. Las historias de amor, que culminan con el feliz reencuentro de la pareja de enamorados, ciertamente conmueven, pero el espectador queda fuera de un drama que podría ser más profundo si se implicara a una pareja de enamorados para la cual resulte imposible reconciliarse. Por lo que se refiere a las

historias del héroe que tiene que librar innumerables obstáculos para, finalmente, salir triunfante, el asunto es el mismo. Sería más interesante conocer el fracaso rotundo de un personaje que le ha dedicado su vida entera a un proyecto que, repentinamente, se viene abajo, a ver, nada más, el aburrido proceso que lo lleva a conquistar batallas que nada tienen que ver con las nuestras. ¿Qué sería lo que este personaje tendría que hacer para sobrevivir si fracasara en su tentativa? ¿Cómo le tendría que hacer para soportar el infortunio o bien convertirse en héroe? ¿Cuáles serían los caminos que lo conducen a la resignación? ¿Qué postura tendría que adoptar para reconciliarse con la vida? En uno u otro caso el cine de Hollywood sigue vendiendo fantasías, sueños que acentúan la impotencia del espectador en la vida real al exaltar el idealismo en la pantalla. Y ciertamente que no se trata de educar a nadie por medio del cine, pues ya se ha visto que la pedagogía, las moralejas o las lecciones, no nos llevan a ningún lado. No obstante, el cine es un medio adecuado para explorar otras inquietudes más cercanas a las frustraciones de nuestro tiempo. Hasta la fecha, los únicos que se interesan por esta vertiente son, obviamente, quienes producen el llamado cine de arte o cine "independiente", porque, supuestamente, este tipo de propuestas no son comerciales. ¿Pero quién nos dice que no lo son? No lo son en su factura: no cuentan con estrellas ni con vastos presupuestos pero, a cambio, son infinitamente más innovadoras, y por esto deberían interesar a quienes buscan los éxitos de taquilla. En resumen, el cine de Hollywood se ha convertido en una mitología moderna, fallida, que desconoce (aunque no tenga por qué conocer) uno de los propósitos fundamentales de los mitos: reconciliar al hombre con su conciencia.

En lo que concierne a la fe, el hombre de finales de siglo se siente abandonado completamente y, si no duda de sus creencias, duda de los ministros. Está consciente (aunque al admitirlo sienta que cae en el vacío) de que las peores atrocidades y tiranías de la historia se dieron cuando más se necesitaba la presencia de Dios. Por un lado, las doctrinas profesadas por el cristianismo no le garantizan la paz espiritual, ni mucho menos la salvación, y, por el otro, los impulsos naturales que lo gobiernan se deforman ante una noción del sacrificio que no promueve el encuentro del individuo y su identidad, sino al contrario, niega el camino del corazón en pro del orden social. Una vez más, en su condición de sobreviviente, no encuentra una sola razón para creer en la existencia de Dios. Ante esta situación, no es raro que el individuo busque otras alternativas en los extremos de la mística, o en el ascetismo preconizado por la filosofía milenaria de Oriente, y, principalmente, el budismo. Las prácticas orientales que promueven la paz del espíritu, la meditación, el esoterismo o, en una palabra, el *healing* tan perseguido por la sociedad contemporánea es incorporado a la vida cotidiana de Occidente como un paliativo, y en la mayoría de los casos se convierte en un refugio casi obsesivo. Obsesivo porque en el fondo se sabe (y a la larga se comprueba) que tal refugio fue transportado sin sus cimientos, y fácilmente sucumbe ante los movimientos telúricos occidentales. Al otro extremo del vacío se tiene al psicoanálisis como una alternativa, quizá más coherente con la ideología occidental. Pero como el psicoanálisis cuestiona la supuesta estabilidad de los refugios resulta amenazante para aquel que no tenga la fuerza de contemplar el vacío. De entrada, la evolución de las terapias psicoanalíticas constituye una amenaza contra una de las más detestables y mañosas maniobras concebidas por un cristianismo que se puso al servicio del Poder: la culpa. La noción de la culpa, absoluta y hábilmente distorsionada, se vuelve el arma secreta del manipulador y nos hace pensar en Dios como un empleado del diablo; un traficante de almas que sólo permite la entrada al Paraíso cuando el hombre sacrifica su libertad a cambio del perdón. Sin embargo, las faltas o los pecados que se pagan con el autocastigo hacen de la vida terrenal una antesala del infierno. El demonio, que convive con nosotros día a día, se desvanece más fácilmente de nuestras vidas cuando lo liberamos y tenemos el valor de verlo directamente a los ojos, porque el demonio, al igual que Dios, habita en el inconsciente. Tal es la oferta del psicoanálisis.

Sin embargo, por mucho que el psicoanálisis pueda hacer por el individuo, su alcance, obviamente, es limitado. Porque para tratar con el demonio se tiene que echar mano de aquello que no se aprende dentro del consultorio. En este sentido, nuevamente, la cultura de hoy, con su indiferencia por la literatura, por la filosofía y el resto de las humanidades, sigue ofreciendo más obstáculos que alternativas. Además, existe otro riesgo en el psicoanálisis para aquellos que buscan el despertar de la conciencia. Este riesgo radica en la inevitable prolongación de un tratamiento que requiere de tiempo para ser eficaz pero que, a lo largo de ese tiempo, produce un alivio que no permite que las adversidades sean enfrentadas desde la plataforma del sufrimiento, y el sufrimiento, el dolor y la solitaria reflexión sobre los desastres, contribuyen al crecimiento.

No es extraño que Cyril Connolly haya dicho en *La tumba sin sosiego* que "todo en esta vida es una droga, excepto la realidad que es insoportable". Muy difícilmente podríamos imaginar a un hombre del renacimiento concibiendo una frase semejante. Tampoco es raro que Connolly se queje amargamente de aquel que introdujo por primera vez en nuestra cultura la idea del progreso. Curiosamente, Connolly bien podría estarse quejando de un hombre del renacimiento.

Sin duda una buena parte de los descubrimientos que le darían forma a la vida moderna y a nuestra idea de lo que es el progreso provienen de aquella época: el primer banco público se estableció en Génova hacia 1407. La primera bomba de succión, la imprenta; los primeros experimentos de Leonard Da Vinci en hidráulica, mecánica, ingeniería, aerodinámica, anatomía y óptica, tuvieron lugar entre

1452 y 1519. De allí en adelante, hasta fines del siglo XVI, se realizaron importantes estudios en metalurgia, medicina y cartografía, esto sin mencionar las teorías astronómicas de Tycho Brahe, Copérnico, y, finalmente, encaminándose hacia la Ilustración, Galileo. Todo esto desembocó en el Siglo de las Luces. Las teorías y leyes sobre la gravitación de Newton, Benjamín Franklin y la electricidad, la Enciclopedia, la máquina de vapor y los avances en la producción de textiles, marcarían el principio de la revolución industrial. Después, a finales del siglo XIX, aparecieron los primeros automóviles, el fonógrafo, la radio, y, en la primera mitad del siglo XX, el cine, la televisión y los aviones. Por último, vendría la era del espacio, las computadoras, las cirugías de corazón; los avances en el terreno de la medicina y la ciencia.

Ahora bien, si todo esto es producto del Renacimiento y su inercia ¿por qué y en qué momento perdimos el espíritu? ¿En qué momento se detuvo la inercia espiritual del Renacimiento? ¿Por qué inventamos tratamientos médicos que ni siquiera puede pagar la mayor parte de la población del planeta? Ciertamente es que el desarrollo no se detiene por el retraso de quienes debieran difundirlo, pero ¿cuántos años más nos hacen falta para que acabemos de entender que no existe la justicia, ni la libertad, ni la paz de la humanidad si las necesidades más elementales, en este caso, salud, alimento y educación, no están cubiertas.

Esto nos hace pensar en las leyes que gobiernan la naturaleza y sus ciclos. En la actualidad vivimos el fin de un ciclo y el comienzo de otro. Aunque a la naturaleza le importe muy poco la llegada del año 2000, para el hombre de la civilización occidental representa una marca en el tiempo que lo lleva a reflexionar sobre el espacio, su clima, y lo que ha hecho de ese espacio. De alguna manera, es el momento de recapitular; de cobrar conciencia.

Poco antes del Renacimiento, gracias a Petrarca, el hombre de pronto se dio cuenta de que ya no estaba viviendo en la Edad Media, sin embargo, tuvieron que pasar más de cien años para que dicho periodo llegara a la cúspide. Hoy vivimos un momento similar, pues, de una u otra forma, estamos en medio. No se requiere demasiado sentido para imaginar lo difícil que tuvo que ser la vida para un hombre en la época de Dante, pero su espíritu era opuesto al nuestro. ¿Por qué? Petrarca estaba convencido de que su civilización estaba parada sobre los hombros de un gigante, y ese gigante era nada menos que la antigüedad clásica. Para el hombre del Renacimiento el progreso estaba adelante de él; para el hombre contemporáneo, en cambio, el progreso está detrás; se ha olvidado ya del gigante, y, obnubilado por los avances, ni siquiera logra reconocer los hombros sobre los cuales está parado, es más, ni siquiera piensa que lo puedan sostener. Ya no se trata de un espíritu moderno tanto como de un espíritu posmoderno. Es evidente que esto no anula todo lo que la humanidad ha logrado en los últimos seiscientos años, ni tampoco implica que tenga que regresar a la antigüedad clásica, pero sí la lleva a cuestionar la verdadera utilidad del progreso y a anteponer a todos sus esfuerzos un sencillo *apara qué?*

La destrucción de los bosques, la contaminación de los océanos, la sobrepoblación, la miseria y el hambre, las guerras, el alcoholismo, los antidepresivos, las drogas, las crisis emocionales de los hombres y las mujeres que rebasan los cincuenta años, el supuesto fracaso del matrimonio como institución ("supuesto" porque no necesariamente es el matrimonio lo que fracasa tanto como nuestra noción de lo que debiera ser), la angustia y ansiedad de los jóvenes ante el ejemplo inquietante que ofrece la vida de sus propios padres, la culpabilidad